

Adentrarse en el Desierto

La actividad misionera y apostólica también ha tenido su paso por el desierto, de misión no sólo hacia “fuera”, también hacia “dentro”, abriendo espacios para el encuentro personal y la relación pausada con el Señor. La acción exterior disminuía pero la misión continuaba de otra manera. Llegaron las horas de asumir el riesgo de adentrarse en el desierto y experimentar en el camino la soledad, la limitación, la carga humana, la desnudez, la verdad, la necesidad de ser conducido porque uno mismo no puede constituirse en guía.



Ir al desierto es ir a la escuela de Dios para aprender a escucharle en el silencio, donde no siempre emite una palabra que se pueda transmitir a los demás. En el silencio, Dios no siempre quiere hablar, a veces quiere callar conmigo, porque él quiere no sólo mi voz, sino sobre todo, todo mi corazón. Volví a caer en la cuenta de las fuerzas negativas que ensombrecen mi vida, las conozco bien, les pongo nombre a cada una de ellas, están en medio de mi vida pero no tengo miedo porque también sé que “me basta la gracia” de Dios para seguir caminando salvado, para repetir la experiencia del salmista: “tu gracia vale más que la vida”. Nada merece la pena esconder ante la luz. “Vivir es este encuentro”.

Con claridad se ve que la misión no es el resultado de nuestros esfuerzos, programaciones, éxitos, acciones... La fecundidad de nuestra tarea pastoral depende de la unión con Él. Sin Cristo no podemos hacer nada. Demasiadas veces ponemos la confianza más en nuestros medios, recursos y habilidades técnicas que en la Palabra de Dios. Sólo las limitaciones más sentidas y sufridas nos hacen vivir esta verdad. Los pequeños distanciamientos de la acción nos permiten reconocer nuestra pequeñez y la grandeza del que no cesa de hacer obras grandes por medio de sus amados hijos.

Al final de la jornada he vuelto a la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: “Maestro, hemos estado bregando y no hemos pescado nada” (Lc 5, 5). Éste es el momento de la fe, de la oración, del desierto de los días menos activos exteriormente pero más ricos y profundos internamente. Unos momentos y otros me han ayudado para abrir más mi pobre corazón a la acción de la gracia y permitir que la Palabra habitara en mí con toda su fuerza. En aquella ocasión fue Pedro quien habló con fe: “en tu nombre, echaré las redes”. También mis compañeros y yo, intentamos hacer lo mismo y oramos juntos pidiendo al Señor que nos aumente la fe.

Salvador León Belén, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/adentrarse-en-el-desierto